

Año II.-N.º 3.

1,º de Mayo de 1918.

CONSTITUCIÓN

Apuntes del natural, por Isaías Cabezón

Ediciones de ARTES Y LETRAS

DEL ARTE Y LA BELLEZA

(DIÁLOGO)

En un día de principios de primavera Marcelo del R., Alberto N. y Alcibíades Z., jóvenes estudiantes de cursos superiores, se hallaban reunidos en el parque que se extiende a los pies del cerro del Caracol.

El parque se encontraba en una de esas horas diáfanas en que las cosas se abren a la luz y se dejan atravesar por ella. Un aliento tibio de amor soplaba sobre la tierra. Las aves cantaban mientras el resto de la naturaleza parecía sumido en el exclusivo deleite del silencio y de la luz. Un árbol se había adelantado a los demás en la renovación de su follaje. Su verde brillante era como una sonrisa y una danza de partículas palpitantes bajo el sol. Sus ramas rejuvenecidas se dirigían al cielo en un espasmo de adoración como pidiendo abrazos de amor y bendiciendo a los que se dieran bajo su sombra.

—Sentémonos aquí, dijo Marcelo, señalando un banco del jardín. No subamos todavía. ¡Qué profusión de colores nos ofrecen las flores y las plantas! ¡Qué deleite, qué, regalo extender las piernas y con la cabeza descubierta recibir la caricia del sol, que nos estimula como el cosquilleo producido por millares de alfileres, en medio de este ambiente de belleza que nos penetra! Nuestra naturaleza es hermosa en verdad y al sentirla así se me hace como si de la montaña, del valle, de los

árboles, de los conos nevados de los volcanes, del mar, de los lagos, de los ríos de orillas umbrosas, del cielo, de todas partes brotara un clamor invitando a los artistas a beber en este manantial inagotable de inspiración.

- —El arte ante la naturaleza, expuso Alberto, es como la varilla mágica de un panteísmo inmanente. Presta alma a todas cosas. Corot veía la bondad en la copa de los árboles, en la yerba de los prados y en el espejo de los lagos. Millet veía en ellos sufrimiento y resignación. Ruskin amaba como seres animales a las piedras de los monumentos, a los sitios agrestes, a las montañas coronadas de nieves eternas. Considerando una sola de estas cosas, ¿hay en realidad nada más bendito que los árboles? Mientras viven no se aburren de darnos sombra y frutos y de engalanarse para nuestro recreo. Ahí están siempre tranquilos esperándonos, esperando que queramos ir a descansar a su lado, y en su resignación infinita se sonríen de nuestras inquietudes y así ayudan a calmarlas.
- —Supongo que Uds., interrumpió Alcibíades, al lado de esta naturaleza, que podríamos convenir en llamar inanimada, no querrán dejar de poner como fuente de arte la naturaleza viva por excelencia, la humana.
- —Se entiende. ¿No sabes tú que Rodin ha dicho que el cuerpo de una joven es la maravilla de las maravillas? Y en esto se halla de acuerdo, sin duda, con todos los artistas y los no artistas.
 - -Eso es.
- —La admiración de la naturaleza, prosiguió Alberto, es menester extenderla hasta convertirla en culto a la vida, a una mayor vida y así, al mismo tiempo que indicaremos uno de los defectos de nuestra sociedad, en materia de arte, señalaremos un ensayo de remedio. No ha llegado todavía para nuestras sociedades americanas, ese momento de conjunción gloriosa de corrientes espirituales que dan lugar a las grandes épocas del arte, corrientes que deben ser poderosas por su exaltación en algún sentido, y nuevas por el florecimiento de algún ideal no realizado antes. Nuestra sociedad es aún esencialmente cristiana en el fondo, y el cristianismo ha dado ya en otras partes el

fruto de su arte generalmente triste y sombrío. Tenemos que bucear en las entrañas de lo que sea más que cristiano, hondamente humano, para que no se agoten los surtideros de la creación espiritual. Nos ha faltado también la cooperación del tiempo. Este coloca un sello de veneración en las cosas que perduran y las ofrece, hermoseadas por su pátina, a la explotación del artista. Dentro de lo humano, sugiere más la impresión de belleza pura lo pasado que lo actual, lo que sólo reclama de nosotros contemplación y no acción.

—Efectivamente, dijo Alcibiades, no nos cuesta nada mirar bajo el prisma del arte, a una pareja de jóvenes romanos que se nos figuran hablando de amor en una callejuela de Pompeya, y nos resistimos a considerar de igual suerte a otra pareja de nuestros días que hace lo mismo bajo los tilos de la plaza de la Independencia.

-Maravillosa es, sin duda, observó Marcelo, la virtud del tiempo para embellecer lo que ha convivido largamente con él. Los restos y monumentos seculares de las ciudades europeas inspiran cierta veneración, que no pueden superar las mejores improvisaciones artísticas de las ciudades americanas, que, cuando volvemos del viejo mundo, se nos presentan muy frívolas, con demasiado color. Pero por otra parte, conviene ponerse en guardia contra la tendencia a ver solo en lo lejanamente pasado el campo propicio al florecimiento de lo bello. Este es el defecto en que incurre el académico frío, que no se sonríe ni llora ni palpita, ante los dramas del mundo, y tiene cerrada su alma para lo que no se le presenta revestido de las formas consagradas por los maestros de otros siglos. El arte debe ser escuela de vida y de sentimiento, de busca de lo bello a través de cuanto existe y de expresión de lo que se ha sentido hondamente. De acuerdo con este concepto habría que distinguir dos fases en la separación que tú hacías en estos momentos entre épocas brillantes y épocas de decadencia. Es claro que apreciadas en cuanto a la capacidad creadora, nos ofrece la historia grandes edades, en que el genio despliega sus alas con libertad fecunda, y edades pobres, en que el espíritu dormita aplanado. Pero en lo que respecta a materia para el arte todos los tiempos son más o menos iguales. Algunos artistas y teóricos de la estética han llegado a decir que para el arte no hay nada feo en la naturaleza. Murillo no hizo sólo sus célebres vírgenes. Uno de sus cuadros más notables, representa una viejecita que está despiojando a un muchacho reclinado en sus faldas. Baudelaire dedicó una poesía de inspiración punzante a la que se imaginara la carroña de su amada. Rodin no ha labrado en el mármol solo las formas de la carne joven tersa y vigorosa. Una de sus estatuas representa el cuerpo de una pobre cortesana, flácido y ajado por los dedos implacables del tiempo. Si se nos ofrecen con una aureola de belleza indiscutible, evocadas por lo prosa de Rubén Darío, las hetaíras griegas y las fáciles marquesas del siglo XVIII, que bailan minueto, con peluca empolvada y tacones rojos, también hay belleza en las heroínas de Arauco, en los huasos de nuestros campos y en los negros mineros de Lota, admirable y fraternalmente pintados por la pluma de Baldomero Lillo.

El verdadero artista es una divina alquitara que nos destila todo lo bello que encierran la vida y la naturaleza inanimada. No puede ser simplemente el raro que, armándose de cómodo y pretencioso desdén, se encierra en su torre de marfil para no contaminarse con lo vulgar. ¡Ah, lo vulgar! Cada corazón de mujer y de hombre puede ser un tesoro para el que lo sepa auscultar con amor. Lo grande, lo ostentoso, lo brillante, no agotan el campo del arte. Bajo una apariencia sencilla ofrece la vida lo que forma la sustancia imperecedera de toda sólida elaboración artística y literaria: alegrías y dolores, amores y odio, rachas de toda clase de pasiones. Ahí espíritus nobles y de selección, que no han venido al mundo en la condición que merecen. Ahí la lucha heroica del estudiante que hace prodigios para comer y vestirse, y de la niña modesta, preciosa primavera humana, que trabaja día a día. Ahí, como dice Rodin, la grandeza de la humildad que acepta y cumple dignamente su destino. Ahí también, la brutal impulsividad de los malvados, y al lado de ellos, la abnegación de los buenos, que pasan por la tierra aliviando a los demás en silencio. Así pues, el artista ha de empezar por abrir generosamente su alma a las irradiaciones de la naturaleza y de la existencia humana en toda su amplitud. Puede en seguida recogerse en sí mismo, ahondar en su ser interior, y transformar, como abeja laboriosa, para ofrecérnoslo, convertido en miel, lo que ha libado en el jardín de la vida. De esta suerte podrá cumplir, además, el arte, con la misión que le señala Guyau de simpatía, de progreso y de solidaridad social.

-Muy bien, hombre, exclamó Alcibiades,-pero más acertado que decir que no existe nada feo en la naturaleza para el arte, sería expresar que todo puede ser materia de arte. Cabría decir, que la mano que esculpió la cortesana ajada y vieja, ha sido tan genial como la que esculpiera la Vénus de Milo; pero no que la Venus y la Cortesana sean igualmente hermosas. A propósito, fijénse en esos dos que van pasando por ahí. Ni ella ni él, son unos desarrapados, pero qué nulidad, qué apocamiento fluye de sus personas. Por el aspecto y la edad no son ni amigos ni hermanos, son un matrimonio. Pero más que un hombre y una mujer unidos por el amor parecen dos socios, que hubieran sumado sus insignificancias para hacer mejor el camino de la vida. Se puede ver hermosura en ellos sólo animándolos con un rasgo supremo de compasión simpática, suponiendo tal vez que en sus almas alientan heroicas resignaciones ante las esquiveces de la vida. Todas las literaturas abundan en tipos feos y deformes que subsisten sólo como admirables caracterizaciones del arte, como representaciones de los variados matices del alma humana. Nuestro Don Quijote y Sancho, no son modelos de belleza plástica, pero ni siquiera han sido tratados con compasión simpática por su progenitor literario. Cervantes suele ser muy cruel con ellos. Cuasimodo, Marianela, innumerables personajes de las novelas de Balzac, de Dickens y de Thackeray corroboran lo que acabo de decir.

—¿No será un síntoma de decadencia, observó Alberto, querer borrar la objetividad de lo bello y de lo feo y suprimir diferencias entre los dos conceptos? Habría que distinguir primeramente por un lado lo feo en la naturaleza, en lo animado y en las cosas, y por otro lado lo feo en el arte. Lo feo en la naturaleza nos produce una sensación de fatiga, de repulsión, de

molestia, que resulta de una manifestación de menor vida, de desarmonía, que, en lugar de significar un estímulo o promesa para nuestras funciones vitales, las contraría. Fundándose también en una aversión instintiva a lo perjudicial para la vida, se puede extender el vocablo a lo espiritual, y decir que lo inmoral, lo indigno, lo incorrecto, es feo. El sentimiento de lo feo vendría a ser como el instinto de conservación manifestándose por algunos sentidos (especialmente por la vista y el oído) y por la conciencia en la apreciación de las formas. Sin embargo, de ese conjunto inartístico presentado por las cosas y los hechos que llamamos feos, puede el artista hacer una obra de arte gracias a la expresión que le comunica. Los borrachos no tienen nada de hermoso en la vida y hay cuadros bellísimos consagrados a ellos. Si pasamos al lado de una mujer engañada y abandonada no nos inspira tal vez más que una compasión un tanto despegada, pero somos capaces de sentir una honda emoción, ante un buen cuadro que represente a esa misma mujer.

—¡Ah sí, dijo Marcelo, más quién sabe si para explicar esas diferencias de actitudes, fuera del elemento artístico que figura en el último caso habría que señalar otro elemento menos noble, el egoísmo humano! El arte nos emociona y lleva consigo la ventaja de que no reclama necesariamente nuestra acción, mientras que las cosas de la vida piden que la emoción vaya acompañada de acción. La miseria en la realidad suele ser repelente. La miseria en el teatro, en la poesía, en las obras plásticas es romántica. Arrojamos lágrimas asistiendo a la muerte de Mimi en la escena, mas preferimos alejarnos de las Mimis que en la vida fallecen de consunción

—Pero no siempre el arte, observó Alberto, se queda suspenso en la mera contemplación. Sobre todo el arte literario, bueno o malo, es hondamente sugestivo e instila sin cesar los gérmenes de futuras acciones. Los suicidas, los bandidos, los tenorios de novelas, despiertan demasiado a menudo en sus lectores el deseo de ser héroes novelescos y los precipitan en desequilibrios lamentables. Se conservan como recuerdos clásicos, los efectos de Werther y de los Bandidos de Schiller. También lo es el caso de sentimentalismo desarrollado por la literatura del si-

glo XVIII en favor del bajo pueblo, que contribuyó no poco a la debilidad e irresolución con que fueron contemplados los desmanes del populacho en las grandes jornadas revolucionarias de fines de la centuria. Así también se ha pasado de llorar por las Mimis del teatro a sacrificarse por las pobres Mimis del mundo.

- —Ruskin no comulgaba, continuó Marcelo, con aquello de que no hubiera nada feo en la naturaleza. Al contrario, para que florezca el arte, decía, es menester que exista de antemano un pueblo bello y, ahondando en las raíces de las cosas sociales con su gran corazón siempre empapado de un altruismo sincero, infatigable, batallador, veía que no podían ser bellos pueblos que vivieran en la miseria. Por amor, por caridad y por arte, había que luchar contra la miseria. ¡Qué hermoso lazo atado entre los problemas sociales y los de la belleza!
- —En cuanto a lo feo en el arte, prosiguió Alberto, que es la obra del hombre, y, según algunos, el único campo donde puede existir lo feo, nos causa igualmente una impresión de desagrado, de encogimiento de nuestra capacidad vital, de apartamiento ante la impotencia del autor. Salvo que el mamarracho sea tan grande, que resulte cómico de puro ridículo y provoque la risa.
 - -Pero, ¿qué es lo feo en suma?
- —Lo feo sería, según Croce, la expresión equivocada, definición que tiene la virtud de la simplicidad y de corresponder perfectamente a la parte negativa de la belleza, entendida como expresión acabada.
- —Por mi parte, yo diría sin citar a nadie, interrumpió Marcelo, que la obra bella resulta de la condensación armónica de lo particular y lo general.
- —Se hallan más expuestos a caer en los extravíos de lo feo, continuó Alberto, los que buscan de una manera consciente la expresión bella, los que van tras el arte por el arte, porque, por los afilinigranados caminos que se cree necesario tomar para llegar a la belleza pura, es más fácil dar en lo insincero y en lo afectado. La busca del arte por el arte como aspiración individual es perfectamente justificada, como lo es toda aspiración

ideal y en cuanto persigue la expresión bella sin otra finalidad; pero en cuanto sistema que excomulga a todos los que no ofician dentro de su iglesia, significa una concepcion estrecha. No todas las artes disponen de medios de expresión igualmente puros. El mármol, el bronce, la madera de la escultura y los colores de la pintura parecen llamados a sugerirnos principalmente la impresión de la armonía de las formas. La Venus de Giorgone, virgen dormida en una campiña, nos deleita con la idea de una inocencia que no teme al desnudo, pero, de todos modos, lo esencial en ella es su belleza impecable. Igual cosa cabría decir de las imágenes y ensueños que pueden despertar en nosotros las conocidas Gioconda y Venus de Milo, pero, ante todo, ellas perduran como oraciones geniales de un arte puro. Hay obras plásticas que llevan, además, la expresión particular de un espíritu determinado, como ocurre con un buen retrato, un buen busto, el Voltaire de Houdon, por ejemplo, y hay otras, que parece que hubieran logrado concentrar en su materia, la divina esencia de un estado universal de alma. ¿No representa nuestra Ouimera la desolación, la angustia, el ansia insaciable del espíritu humano en su lucha por el ideal? El lenguaje, instrumento de las obras literarias, se aviene menos, en cambio, a servir a la mera expresión de una belleza formal. El lenguaje es, ante todo, el órgano del concepto, de conexiones ideológicas y de estados afectivos, y es justo que nosotros busquemos en las obras literarias esas manifestaciones de la psiguis, y consideremos como palabrería el hueco culto de la forma. Fuera de lo hermoso en las descripciones, la belleza literaria estriba principalmente en la expresión acabada de estados de almas reales o posibles. Significa una noción inexacta del modernismo, el presentarlo como una escuela que busca sólo combinaciones de formas nuevas deslumbrantes. No: la médula del modernismo, su mérito, su justificación ante la vida se halla en que quiere dar formas a sentimientos reales, que no han sabido ser expresados anteriormente, a sentimientos que las modificaciones mismas de la existencia despierta, y, movidos de esta necesidad, los modernistas introducen innovaciones en el discurso, que el porvenir, con su tamiz inexorable, verá si son dignas de subsistir o no. Romain Rolland es modernista, y en su gran obra no asoman los resplandores de la retórica. El estilo, la forma, no son para él objetos de retoques especiales; son siempre la encarnación, la envoltura de algo orgánico, sentido, pensado, vivido.

Fuera de que el medio de expresión influye en que las obras de arte se inclinen más o menos al predominio de la forma o de la finalidad, otra circunstancia que pesa también en uno u otro aspecto, es la dimensión. Es posible que en lo pequeño pueda triunfar el afán de consagrar lo bello en puras formas, sin finalidad; no así en lo grande. Se puede escribir un soneto para que nos deleite ante todo con lo exquisito de la forma, pero no una novela. Puede un artífice fabricar con igual objeto una miniatura de marfil o una figurita de porcelana, pero no un teatro o una catedral, levantados para congregar almas, y que simultáneamente suelen revestir el carácter de monumentos de belleza.

- —Además, agregó Marcelo, sin negar la razón de ser que tiene la belleza en sí, el exagerado culto del arte por el arte puede hacer incurrir en el extravío de creer que la belleza es una cosa quintesenciada, que sólo se obtiene por la elaboración de una alquimia genial, y aparta de la sana noción de que encierran belleza casi la totalidad de las cosas naturales y aun los utensilios fabricados por el hombre siempre que sean simplemente adecuados a sus fines. Hay una escala de bellezas desde la difícil que exige preparación, atención y amplitud de espíritu para gozarla, como la música de Debussy, hasta la belleza fácil que fluye de una flor y de los objetos corrientes hechos sin amaneramientos.
- —El amaneramiento es el gran enemigo, observó Alberto. Se me ocurre que por esto el dandy no es elegante y la mujer pintada no nos parece hermosa.
- —Mal pintada querrás decir, interrumpió Alcibíades. Perdónenme la frivolidad, pero les confieso que siento una benevolencia simpática que me viene de las entrañas para juzgar a la mujer pintada y aun al dandy. Este es un tipo que podríamos definirlo como complicado por fuera y sencillo por dentro, sal-

vo cuando se convierte en un tenorio inmoral. Su felicidad depende, principalmente, de sus prendas de vestir y esto hace que, mirado con cierta filosofía, pueda ser motivo de placer contemplar un hombre tan fácilmente dichoso. ¿No han sentido ustedes jamás la suave placidez que difunden a su alrededor los animales domésticos en reposo, un perro, un gato, dormitando al calor de la lumbre? Resulta de su falta de inquietudes, estado que se nos comunica por simpatía orgánica. Algo semejante puede procurarnos el dandy: es una especie de animal social doméstico. ¿Y por qué se pintan las mujeres, si no es por agradarnos? La mujer es una artista cuyo objeto de arte es ella misma, pero que se adereza con el laudable propósito de gustar. Considerado el caso de esta suerte, en lugar de levantar en contra de ellas la palmeta espiritual del dómine, debemos henchir nuestros pechos de agradecimiento.

—Rien n'est beau que le vrai ha dicho Boileau, si mal no recuerdo, observó Marcelo. Lo malo está en que en una tez joven lo artificial suele no ser necesario, y una tez ajada y marchita, da pena; pero andemos un poco por el cerro.

Tomaron la avenida de los aromos que asciende suavemente. Una lluvia de florecillas de oro había caído sobre la tierra, espolvoreadas por el viento, las flores de los aromos que embalsamaban el aire. Subieron hasta el mirador hechos de troncos rústicos que está al fin de la tercera avenida, y ahí se sentaron de nuevo a contemplar el cielo, la ciudad, el río aparentemente inmóvil, como un manto de plata bruñido, las lejanías encantadas.

—¿Observaron esa pareja que nos esquivó el bulto? preguntó Alberto. Mientras nosotros disertábamos sobre la belleza, ellos han estado realizándola en su carácter más intenso, el del amor. Este cerro es un jardín sagrado para los enamorados. ¿Y qué dirá a todo esto la moral?

—¡Oh la moral, la santa moral! contestó Marcelo. El arte sincero, hondo, que va a buscar su inspiración, en los manantiales fecundos de la vida y de la naturaleza no es nunca inmoral. Lo que sume sus raices en la verdadera inmoralidad no es bello. Toda belleza elevada, ha dicho Emerson, contiene

un elemento moral, y es tan ética la antigua escultura como Marco Aurelio. Cosas bellas en el arte pueden chocar a la moral corriente, pero no a la moral amplia, que es propia del arte, moral de anticipaciones, por decirlo así. Un muchacho que roba pan para llevárselo a su madre, puede en cualquier parte ir a parar a la policía y ser vejado, mientras que en un cuento es un pequeño y simpático héroe. La moral corriente le dice al buen funcionario: «resígnate, soporta a tu mujer y a tu suegra v evita el escándalo». O a la inversa, a un pobre corazón femenino, destrozado por la grosería o incomprensión del que le tocara por compañero; «Resígnate, tu papel más noble es el de mártir». En cambio, el arte les dice o hace decir a las individualidades que figura, hay una moral inmanente, superior a la convencional, la moral de tu armonía interior, de tu mayor vida, de tu derecho a no ser sojuzgado por fuerzas inferiores; independízate, lucha, crea, no temas al escándalo. Así, dentro del arte, todo amor sincero y vigoroso puede ser bello. El artista es el sacerdote de la expansión de la vida. Prueba de ello es que sólo las aberraciones e inversiones del amor son feas y repugnan al arte. La moral usual está constituída por las costumbres de un tiempo determinado, y a la moral del arte, puede señalarse como concepto orgánico la intuición abstracta de lo que más convenga a la vida en cualquier tiempo. La austeridad de un Miguel Angel y de un Beethoven enaltece al artista y lo favorece, haciendo que fluyan a dar más esplendor al gênio las fuerzas substraídas a los instintos y bajas pasiones, pero aun sin alcanzar a esa altura y sin comulgar con la moral corriente, el artista necesita ser intimamente moral, no desmentirse a sí mismo, para que no se sequen las fuentes de su actividad creadora.

-¿Y estas disertaciones, no conducen, en conclusión, a nada definitivo? observó Alcibíades.

—No, y es una suerte que así sea, contestó Marcelo. Gran ventaja es que los tratados de estética no sean ni puedan ser nunca completos. Por otra parte, esto no le hace mucha falta al verdadero artista. Ningún poeta, ningún orador, ha ido a buscar jamás inspiración en libros de retórica. ¿Te imaginas a

Rabindranath Tagore quemándose las pestañas sobre las obras de los preceptistas? Me lo imagino contemplando con recogimiento las corrientes de la vida y sumiéndose en ellas con fervor religioso, con valor para sentir el frío que llega a los huesos, las sorpresas traicioneras, las angustias de la muerte. ¡Ah, en materia de belleza, lo importante es sentirla y crearla. La belleza es creación, expresión individual de algun nuevo sentimiento. Por algo ha dicho Croce, que escribir sometiéndose a cánones de escuela, no es escribir, a lo más, es hacer literatura. En arte como en filosofía, hay que mantener los ventanales del alma abiertos a las cambiantes impresiones de la existencia y del mundo.

—Con una diferencia desfavorable para la filosofía, observó Alberto. Si es verdad que un sistema de estética como uno de filosofía, no puede pretender nunca alcanzar la perfección, en cambio, la obra individual de arte, un cuadro, una estatua, un poema, tiene la posibilidad de presentarse, en su género, como algo más o menos acabado o definitivo. Mas, esta salvedad no existe para la filosofía, porque en esta disciplina la obra individual y el sistema, comunmente se confunden. Es claro que los destellos del genio en análisis finos, en intuiciones transcendentales, siempre subsisten, pero toda verdadera filosofía deberá empezar por confesar que le es imposible llegar a una completación definitiva de la verdad. El devenir universal queda siempre abierto.

Caía la tarde. Los resplandores del sol poniente teñían de púrpura todo el horizonte. El astro se despedía en un derroche glorioso de colores deslumbrantes, y cambiaba de formas maravillosamente, presentándose ya como un farol chinesco anaranjado. Los cerros de los alrededores tomaron tintes violáceos y las sombras se difundieron por todos los ámbitos. Las luces de la ciudad empezaron a surgir, como estrellas y lunas que brotaran de la tierra.

—La elaboración espiritual, dijo Marcelo, posee la virtud de llevar al alma una dulce serenidad. Meditando y disertando sobre tópicos especulativos, se apartan momentáneamente de la conciencia los deseos, las pasiones, los temores, las ansias, y quedamos aún más fuertes para la acción futura porque quedamas más puros. A pesar de nuestra insignificancia, podremos afirmar que esta tarde hemos celebrado una de las liturgias de la humanidad nueva.

ENRIQUE MOLINA.